

bella iglesia de San Trophime; ella recibió nuestra primera visita. El pórtico, romano puro, nos hubiera detenido largo tiempo á no haber estado ávidos de estudiar los célebres claustros encerrados en la antigua casa de los canónigos regulares. Estos claustros de mármol, son de un trabajo exquisito. El corte de los arcos, la pureza del ornato, la forma de las ojivas, nada dejaban que desear: las columnillas en que descansan los arcos (abovedados) presentan las formas más graciosas, y están unas con otras enlazadas de follaje ó cubiertas de esculturas sagradas. Entre tantas riquezas, se admira la Adoracion de los Magos y la Huida á Egipto.

Ya en la iglesia, veneramos las reliquias del apóstol de Arlés, depositadas en un magnífico altar. El glorioso discípulo de san Pablo da principio á la larga cadena de los pontífices arlesianos, de la cual el ilustre Cesáreo fué uno de sus más brillantes anillos. Admirador de San Agustín, y como él azote del pelagianismo, llegó á ser también émulo de su heroica caridad. En 507, despues de un obstinado sitio, Arlés se inundó, por decirlo así, de tal número de prisioneros, que con ellos se llenaron las iglesias. Cesáreo, compadecido de la suerte de aquellos desgraciados que carecian de las cosas más necesarias, agotó, para consolarles, no su patrimonio, que mucho tiempo ántes era ya propiedad de los pobres, sino el tesoro de la catedral. Hizo fundir los adornos de plata que estaban en las rejas y pilares, así como los incensarios, cálices y patenas. Todo aquello se vendió, y su precio fué empleado en cubrir las necesidades de los cautivos. A los ojos de aquel santo hombre, aquel despojo heroico era una cosa muy sencilla. «Nuestro Señor, decia él, solo tuvo vasos de barro para hacer la última cena; no tengamos escrúpulo en dar estos preciosos vasos para el rescate de aquellos

que él ha rescatado con su propia vida.»

Al salir de la iglesia, en donde estos buenos y suaves pensamientos dilatan el corazón, se pasa á una atmósfera muy diferente. Apénas se andan veinte pasos, y se os presenta el paganismo griego y romano en medio de sus ruinas, como un espectro empapado en sangre y libertinaje. Hé ahí el teatro con muchas columnas de mármol todavía en pié, su proscenio y su hemicyclo bien marcados; en seguida el anfiteatro, más grande, pero ménos intacto que el de Nîmes, con excepcion del *podium*; en fin, los Campos Elíseos, cuyos vacíos sarcófagos recuerdan tristemente que el hombre no puede alcanzar la inmortalidad de la tumba. En los confines de esta desolada llanura, se eleva, rodeada de verdes árboles, la soberbia iglesia de la Mayor, el orgullo y amor de los arlesianos; podria llamarse un Paris en medio del desierto.

Entre los grandes recuerdos relijiosos que trae á la memoria la antigua metrópoli de la Gaula Narbonesa, es preciso dar lugar al de los cuatro Concilios de que fué testigo. El primero, habido en 314, se remonta á los primeros dias de la paz dada á la Iglesia, y prueba cuán segura de sí misma estaba esta divina sociedad, pues convocaba á sus jefes en asamblea solemne á los mismos lugares en donde humeaba todavía la sangre de sus mártires. A algunos pasos de la ciudad, sobre los bordes del Ródano, vimos el lugar en donde san Genés habia sufrido el martirio, pocos años ántes de la congregacion del célebre Concilio. Maximiano Hércules viene á Arlés, y su primer cuidado es mandar promulgar el sangriento edicto de persecucion, fijado poco tiempo ántes en los muros de Nicomedia, y bárbaramente ejecutado en toda la extension del imperio. Genés, escribano público, es llamado

para autorizarlo. Se rehusa á hacerlo, y busca su salvacion en la fuga. Aprehenido por los verdugos, muere; pero ha vencido; su mano no ha escrito, y quince siglos de gloria son el principio de la recompensa de su noble valor.

7 DE NOVIEMBRE.

El mar.—Nuestra Señora de la Guardia.—Lázaro.—Marsella.—El Puerto.—El Hotel de Oriente.

A las cinco de la mañana me dirijí á la iglesia de San Trophime para celebrar allí la misa. Apénas se habia renovado el sacrificio en el altar del mártir, cuando nos fué preciso correr á la ribera y tomar lugar en un buque mercante, entre los toneles, fardos y montones de cordajes embreados. Ese dia, el *Dos Vapores* bajaba á Marsella. A las seis se levaron anclas; el frio era vivo, y la atmósfera impregnada de humedad destilaba una lluvia fina que nos penetraba hasta los huesos. Además, nada de salon ni gabinete para ponerse al abrigo. ¿Qué distraccion esperar de un viaje comenzado con tales auspicios? Nuestros temores, sin embargo, no eran fundados: la espesa niebla se disipó rápidamente, el cielo se mostró á poco en toda su fuerza, y el dia fué magnífico. Hacia las nueve entramos en mar, y á poco se perdió de vista la costa. Cuando por la primera vez se muestra la inmensidad á vuestras miradas, produce en el alma yo no sé qué sobrecojimiento, cuya naturaleza es difícil caracterizar. Aunque fuese el mayor monarca, el hombre se ve reducido á las proporciones de un átomo imperceptible, perdido en el infinito: el firmamento sobre su cabeza, el mar bajo sus piés, abismos igualmente insondables, que le hacen sentir vivamente su propia nada, y toda la grandeza de Dios. Para añadir todavía, co-

mo contraste á la solemnidad de la escena, una compañía de golondrinas de mar seguian el buque que hendia la llanura, veloz y majestuosamente. Estos pájaros pescadores, del tamaño de nuestras perdices, son de un blanco de nieve que contrasta bien con el azul de las olas; por lo demás, nada es tan gracioso como su vuelo. Sucesivamente rápido, oblicuo ó vertical, traza en los aires una multitud de laberintos cuyos sabios contornos ocupan agradablemente la vista é interrumpen la monotonía del viaje.

Sin embargo, comenzaba á hacerse sentir el vaiven; el navío se asemejaba á un columpio ajitado y producía la misma sensacion. No tardaron las cabezas en entorpecerse, y las náuceas en venir: llegaba el cuarto de hora de Rabelais. Nosotros procuramos preservarnos, ya andando á grandes pasos en la parte libre del puente, ya permaneciendo de pié cerca de la chimenea en el centro del buque, donde es ménos sensible el movimiento. Gracias á estas precauciones, mis jóvenes amigos y yo nos vimos libres del mareo. Ménos felices eran una dama alemana y su hija. ¡Desgraciadas! las vimos palidecer poco á poco, respirar ansiosamente, y sentir, por fin, durante mas de una hora, en presencia de toda la tripulacion, los accidentes conocidos del mareo. Viajaban para el Africa. ¿Cómo habia sido su larga travesía de Tolon á Gigelly?

Cerca de las diez, se distinguieron en lontananza, á traves de una especie de nube diáfana, las áridas montañas que rodean la bahía de Marsella. A la derecha se elevaba el castillo de If, cerca del cual cumplen su cuarentena los navíos que vienen del Levante. Del mismo lado, pero en el continente, aparecia levantada en la cima de un monte Nuestra Señora de la Guardia, capilla célebre dedicada á la estrellá del mar, protectora de los marinos.

¿Cómo no saludarla con amor y reconocimiento? A ejemplo de tantos otros, nuestros enternecidos corazones encontraron para ella palabras filiales; porque ¿quién contará los votos y las oraciones que los siglos pasados han visto ofrecer á María en este santuario religioso, por las madres, las hermanas, las esposas, los hijos de los navegantes? Hoy todavía, Nuestra Señora de la Guardia es para los Marsellese una peregrinación piadosa, á la cual se sabe por un alegre paseo sombreado de verdes árboles, cosa rara en el país de Provenza.

Ya estábamos en las aguas de la ciudad comerciante. Además, entre las innumerables embarcaciones que las habían surcado después de dos ó tres mil años; entre todas las tripulaciones tan diferentes en religión, hábitos, costumbres, riquezas, intereses, al bajar á aquellas célebres riberas, un solo buque sin aparejos, montado por una pobre tripulación, abordando penosamente, hace diez y ocho siglos, al puerto de la ciudad foceana, tuvo el privilegio de fijar nuestros recuerdos. ¿Cuál era este buque? ¿de dónde venía? ¿qué pasajeros llevaba á bordo? ¡Escuchad la historia! Lázaro resucitado en las puertas mismas de Jerusalem, por el Salvador, poco tiempo antes de su pasión, fué para los judíos un testigo de tal manera importuno de la divinidad de su libertador, que resolvieron darle muerte. La Providencia hizo fracasar su proyecto. Después de la ascensión del Hombre-Dios, Lázaro llegó á ser uno de los más elocuentes predicadores de su doctrina, y el odio del pueblo deicida se encendió más implacable que nunca. El milagroso apóstol, sus hermanas y algunos de sus amigos, fueron arrojados á la prisión, juzgados y condenados. Para aniquilar hasta la memoria de su nombre, el sanhedrin inventó un suplicio muchas veces repetido en la historia de los mártires;

fueron conducidos á la orilla del mar, y expuestos á merced de las olas sobre una embarcación medio destruida y rota, sin provisiones, sin vela, sin mástil y sin timón. Pero aquel, por cuyo amor sufrían, que alimenta á los polluelos de los cuervos, y que manda como Señor á los vientos y á las tempestades, se encargó de ser á la vez el alimentador de la tripulación y el piloto del buque. Bajo su conducción paternal, la colonia de mártires abordó felizmente á las costas de Provenza y descendió á Marsella, en donde Lázaro fué el primer apóstol y el primer obispo. ¹

Acababan de dar las once, cuando salvamos la estrecha entrada del puerto, teniendo á la derecha el fuerte de San Nicolás, y á la izquierda el fuerte de San Juan con la esplanada de la Tourette y el Lazareto; pero no se gozó de la vista del puerto, colocado en el interior de la ciudad, sino después de haber entrado en él. Nos pareció literalmente como una vasta selva, en que los mástiles y cordajes de los navíos formaban los árboles y las ramas. Se contaban allí, el día de nuestro arribo, mil ochocientos navíos de todas naciones. Entre estas inmóviles masas resbalan rápidamente, y en todos sentidos, ligeras embarcaciones con elegantes asientos, cubiertas de pabellones de variados colores, y ocupadas por curiosos ó por los marinos del lugar, que se disputan á grandes gritos el honor de llevaros á bordo. Solo tuvimos el embarazo de la elección; digo mal, no se nos dejó libertad para escoger. Cuatro ó cinco *cocheros de agua*, de nervudos brazos, de sucio rostro, nos llevaron á viva fuerza y nos colocaron en su navecilla. Mediante un franco por cabeza, fuimos depositados, algunos mi-

¹ Esta hermosa tradición está fundada en todos los géneros de prueba, que una crítica imparcial tiene derecho á exigir. Véase los *Bollandistas* t. V; Julii.

nutos más tarde, equipajes y viajeros, en la oficina de la aduana. Nos visitaron en forma, y nos dirigimos hácia el hotel de Oriente.

¡El hotel de Oriente! Es lo que se puede imaginar de más elegante, de mejor servido, y para aplicar el lenguaje moderno, es lo más confortable y lo más pasionable. Yo no sé cuantos criados con librea están á vuestras órdenes y después de vosotros. Por supuesto que habeis comprendido que á él llegan todos los grandes personajes. María Cristina de España había pasado allí tres semanas haciendo un gasto de 1,700 francos por día. Kaid-Pacha, embajador de la Puerta en Londres, estaba allí *con nosotros*, ó para hablar ménos turco, nosotros estábamos *con él*. Dos horas después de nuestra llegada, se nos vino á suplicar, tan políticamente como era posible, que cediésemos nuestras habitaciones para el séquito de Reschid-Pachá, embajador otomano en Paris. Esto no debe admirar. En los hoteles, como en el mundo, gracias á la prosperidad siempre creciente de la moral pública, todas las diferencias de religión y de carácter se borran ante la fortuna. No se pregunta cuanto vale un hombre, sino cuanto deja.

8 DE NOVIEMBRE.

Marsella.—Iglesia.—Establecimientos de la caridad.—Anécdotas.—Capuchinos.

Visitando á Marsella, se observa con asombro que la mayor parte de las iglesias están lejos de corresponder á la opulencia de la ciudad y á la piedad de los habitantes. Por lo demás, no se puede entrar en alguna sin experimentar yo no sé qué sentimiento extraordinario, despertado por el recuerdo del heroico Belzunce, cuyo nombre y virtudes repite á su

manera cada santuario. Casi á su pesar, el extranjero se encuentra bien dispuesto en favor de una población que así conserva la memoria del corazón, de tal manera, que el santo obispo parece haber legado á su ciudad querida una parte de su tierna compasión hácia los desgraciados. En efecto, á los ojos del observador cristiano, la verdadera gloria de Marsella, la prenda más segura de su felicidad, no es ni su riqueza, ni su actividad comercial, duplicada después de la conquista de la Arjela, sino la caridad verdaderamente cristiana, que acoge y multiplica en su seno los establecimientos útiles. Preservar del contagio la parte de la generación que está todavía vírjen; curar la que ha recibido ya el jermen del mal; combinar la doble ley del trabajo y de la caridad, á fin de matar la pereza y el egoismo, tal es en su más simple expresión el gran problema que atormenta á nuestra época. ¡Honor á Marsella, que pide la solución en el cristianismo, el único economista capaz de darla eficaz y completa! ¡Honor al esclarecido varón que prosigue este noble objeto con una abnegación digna de todo elogio! ¡Ojalá tenga en Francia muchos imitadores! A cualquiera que sienta el noble y piadoso deseo de cicatrizar algunas de las llagas de la sociedad, pueden servirle de modelo para darle ánimo, las escuelas de niños y de adultos, el hospicio de huérfanos, la obra de la juventud cristiana y las penitenciarías de Marsella.

Acabando de visitar uno de esos preciosos establecimientos, atravesé las principales calles de la risueña ciudad, y especialmente la *Cannefière*, orgullo de los marsellese. Esta calle, á pesar de ser tan famosa, no tiene de notable más que su extrema longitud. En el mismo camino recibí una muestra de la vanidad meridional. Por las diferentes preguntas que le

¹ El abate Fissiaux.

diriji, se apercibió mi cochero de que yo era foráneo; quiso sin duda acomodarme algunas respuestas á su modo. Entre otras cosas, le pregunté cual era la poblacion de la ciudad. Sus afectados labios se abrieron súbitamente como dos resortes de acero, y me lanzaron la estadística siguiente: *!!! Un millon quinientas mil almas!!!* Iba yo á responderle á carcajadas, como Lafleur á su señor: *Pero eso es demasiado fuerte.* Me contuve, sin embargo, y cuando me sentí bastante dueño de mí mismo, le dije con un aire sorprendido: *¿Nada más?* Jamas he visto un hombre más embarazado; se apresuró á responderme entre dientes: *No señor.* En seguida dió un gran latigazo á su caballo, y no despegó ya los labios.

Seguia yo aun conducido por tan digno faeton, cuando mi vista se fijó con gusto en dos padres capuchinos, con toda la magnificencia de su barba y de sus hábitos. Ver en 1841, en tierras de Francia, en una de nuestras más grandes ciudades, á unos capuchinos, y capuchinos ocupados en edificar una bonita iglesia, lo que anuncia por su parte la intencion de radicarse entre nosotros, esto me pareció verdaderamente fabuloso. Me acordé entónces de la prediccion de uno de sus padres, á quien habíamos encontrado en Lucerna en 1833, y que nos decia: *« Ya hemos ganado en Francia la causa de nuestra barba; vereis como ganaremos algun dia la de nuestra capilla. »* ¡Cúmplase su profecía! Este voto está en el interes de todos. Más por su ejemplo que por su palabra, el capuchino, amigo del pueblo y pobre como él, enseña al desgraciado á amar, ó al ménos á soportar sin murmuracion sus privaciones y su pobreza. ¿Quién puede contar todas las ambiciones que los humildes hijos de San Francisco han extinguido en las clases inferiores? Aun vosotros, todos los que teneis algo que per-

der, convenid en que á veces dormiriais más tranquilos en vuestras doradas habitaciones, si los buenos padres, esparcidos como ántes en nuestras ciudades y campiñas, enseñasen todavía á vuestros obreros y labradores, que deben amar á sus amos, respetar la propiedad de otro y contentarse con la condicion en que han sido puestos por Dios.

9 DE NOVIEMBRE.

Camino de Marsella á Tolon.

A las diez de la mañana, con un calor como de Junio, partimos para Tolon, en compañía de un oficial superior, que pertenecia al ejército de Africa. Su rostro franco, la dulzura de sus miradas, la brusca franqueza de sus maneras, nos previnieron desde luego en su favor: esta primera impresion no nos engañó. La conversacion viva, variada y pintoresca de este bravo militar, viejo soldado del imperio, y orijinal en su jénero, no contribuyó poco á salvarnos de la enfadosa monotonía del camino. Figuraos un camino cubierta de polvo, trazado entre dos cadenas de montañas sin vejetacion, excepto algunos achaparrados pinos esparcidos acá y acullá sobre pedregosas crestas, como para hacer resaltar mejor la estéril desnudez del suelo; de distancia en distancia, al pié de aquellas altas colinas, algunas pequeñas lenguas de tierra, plantadas de viñas, cuyas hojas vencidas caian en tropel, pulverizándose por los piés de los caballos; añadid á esto algunos alcaparros cubiertos de montones de tierra, semejantes á gruesos panes de azúcar; os lo repito, figuraos bien este paisaje, y pensad que á su extremo está Tolon, la ciudad de los presidarios: en seguida defendeos, si podeis, de una indefinible melancolía.

Dos leguas mas acá de Tolon, atraviesan el camino los desfiladeros de Oullioul, famosos por numerosos asesinatos. Están en la cadena de montañas, que abrigando esta parte de Provenza contra los vientos del Norte, hacen de ella la Italia y el Portugal del reino. Además, sin tardarse mucho, se rodean soberbios jardines, los primeros en que háyamos visto naranjos plenamente desabrigados con naranjas en perfecta madurez. Admirar sin reserva esos hermosos frutos cuyo color de auro-ra se desprende tan naturalmente del verde follaje del árbol que las contiene, tal fué nuestro primer sentimiento. El segundo, debo confesarlo, fué ménos noble; la caravana sin excepcion cometió el pecado de deseo. A no haber cedido al atractivo del fruto prohibido, no me atreveria á decirlo; por otra parte, no vayais á creer que nuestra descendencia de Eva era la causa primera de nuestros ardientes deseos. La sed devoradora causada por el calor y el polvo tuvo en ello mucha parte.

Por lo demas, no tardamos en volver á mejores sentimientos. El tormento que experimentábamos nos hizo dar muy sentidas acciones de gracias á la Providencia, que ha colocado en los diversos climas los frutos mas convenientes á los habitantes. Mas refrescante y ménos sustancial que la manzana ó la pera, la naranja es el fruto de los países calientes: se puede comer á menudo y mucha, sin saciarse. Y hé ahí que se ofrecen en abundancia al habitante del mediodia constantemente calentado por los rayos de un sol abrasador, reflejados por arenas todavía mas ardientes. «¿Pero, de dónde viene, preguntó el bravo comandante, que al lado de la naranja, del limon, del naranjo, de la granada, etc., los países calientes producen todo lo que hay de mas caliente, la pimienta, la canela, el pimiento? Esos frutos deberian hallarse mejor en

Siberia.—El problema, se le respondió, no es difícil de resolver. Desde luego vos sentis como nosotros, comandante, que el calor enerva, agobia y produce abundantes sudores que traen consigo una notable pérdida de fuerzas. Además, quita el apetito; y es sabido que los pueblos meridionales, son jeneralmente mas sobrios en alimentos que los habitantes del Norte. Para restablecer el equilibrio y dar movimiento á los órganos, se necesitan los tónicos; esta es la razon porque abundan en las zonas tropicales.—Pero por fin, ¿calientan?—Por error tan solo, comandante, acusamos á la pimienta y al pimiento de semejante efecto. En los países para que han sido criados, léjos de calentar, refrescan mucho mas que nuestras nieves y jarabes.—¡Bah!—Aunque os parezca absurdo, ello es cierto. Y se le dieron de este hecho las explicaciones conocidas 1.

1 Las he encontrado mas tarde en este curioso pasaje de una carta escrita en la India por uno de nuestros misioneros franceses. «¿Tal vez imagináis que bajo los fuegos ardientes del trópico, somos de cierto devorados por la sed? No, en verdad: fuera de la comida no me da gana de beber. Lo debemos á nuestro régimen alimenticio. ¿Es acaso muy refrescante? vais á decirme. Es al contrario, segun vuestras ideas, el alimento mas irritante: el arroz, que hace lo principal, va siempre acompañado de una salsa compuesta de pimienta, pimienta, tamarindo y otras especies, mas fuertes unas que otras. Al principio, una cucharada de cada mezcla os quema el paladar; pero bien pronto se habitúa uno á ello de tal modo, que sin este extraño sazón, se comeria con disgusto y no se haria la digestion. Aquí, cuando se quiere refrescar alguno ó tomar una bebida benéfica, tal por ejemplo, como la que dariais á un convaleciente, se bebe una taza de agua en la que se cuece una buena cantidad de pimienta. Cuando yo estaba en Francia, pensaba algunas veces conseguir refrescarme bebiendo agua en una clara fuente. ¡Si yo encontrara tales manantiales en la India! Pues bien, las encontraríamos á cada paso y no las gustaríamos. El agua fresca seria mortal; la buena agua, la que ciertamente refrijera, es la de los estanques ó de los riachuelos expuestos constantemente al ardor del sol.—Anales de la Propagacion de la Fé.—Núm. 107, páj. 337.

Ya llegaba la noche, cuando entramos á Tolon. A pesar de la hora avanzada, nuestro primer cuidado fué llevar las cartas que nos recomendaban con el capitán de navío Sr. J. . . . ¡Decepcion! ¡amargos disgustos! Este distinguido oficial habia sido enviado á las costas de Toscana. En su ausencia fuimos acogidos por su excelente familia, con una cordialidad que nos hizo olvidar todas las fatigas del camino. Un almuerzo graciosamente ofrecido por la mañana del día siguiente, fué aceptado con reconocimiento: él nos procuró la preciosa ocasion de hablar por segunda vez de todo aquello que nos era más querido.

10 DE NOVIEMBRE.

Vista del puerto.—Visita al navío Oceano.—El Presidio.—Reflexiones.—Vuelta á Marsella.

En ausencia del capitán que debía ser nuestro guía, recurrimos, para ver á Tolon con interes, al digno comandante que habíamos encontrado la víspera, y que estaba hospedado en el mismo hotel que nosotros. A fin de tener entrada en todas partes, se vistió de grande uniforme, y ántes de medio día estábamos en la rada. El tiempo era soberbio, y un magnífico espectáculo se desarrollaba á nuestra vista. Todo ese mar de azul, todas esas embarcaciones elegantes tan hábilmente dirigidas por la escuela de marineros; todas esas poderosas máquinas para la arboladura de los navíos; todos esos presos con su siniestra chaquetilla roja, haciendo mover los cabestantes ó atravesando el golfo, acompañado cada uno de un ángel de la guarda con carabina á la espalda; todos esos objetos, tan imponentes y tan variados, formaban en cierto modo el primer plano del cuadro. Los navíos de alto bordo, que componian la escuadra del almirante Hugon, y que se dibujaban á lo léjos como

inmóviles masas, formaban el segundo cuadro.

Estábamos allí admirando tan magnífico panorama, cuando un barquero genoves, viejo Esopo del mar, vino á ofrecernos sus servicios. Su doble jiba, sus cabellos ya encaneciendo, su barquichuelo en apariencia débil, motivos que á otros hubiera hecho rehusar sus servicios, fueron, gracias á la bondad de alma de nuestro comandante, otros tantos títulos á nuestra preferencia. «Pobre diablo, dijo el excelente hombre, tiene más necesidad que otro de ganar dinero,» y se lanzó á su embarcacion. Le seguimos para navegar hasta *el Oceano*, anclado á tres cuartos de legua en el mar. Este gigante de la marina francesa estaba mandado por el capitán H., para quien teníamos una carta. Las gruesas charreteras de nuestro guía nos valieron la lisonjera distincion de subir al navío por babor, es decir, por el flanco derecho, en donde se encuentra la escalera de honor.

Yo habia oido decir que en ninguna parte se ostenta con más brillo el jénio del hombre, como en un navío de alto bordo; me faltaba verificar esta opinion sobre *el Oceano*. Figuraos una ciudadela flotante, que sin otro apoyo que su centro de gravedad, descansa sobre una base móvil, desafía el furor del más temible de los elementos, echa por tierra en una hora las murallas más fuertes, lleva un ejército en sus flancos, y á pesar de su prodijiosa mole, obedece al hombre casi con la misma docilidad que el mismo mar obedece á Dios. Ya dentro del edificio encontrais una especie de catedral de gigantescas proporciones, con tres ó cuatro largas naves construidas unas sobre otras; en lugar de cruceros, ciento veinte tróneras, es decir, ciento veinte cañoneras, en donde se muestran á vuestras miradas, no ciento veinte graciosas figuras de santos, sino ciento veinte veces la cavernosa boca de un enor

me cañon. A vuestro alrededor reina un órden perfecto; en el conjunto, como en los pormenores, todo está plantado con un lujo de limpieza, y casi con elegante coquetería. No obstante, viven allí mil cien hombres, desde la edad de ocho á nueve años, hasta la de treinta ó cuarenta: todos obedecen á la menor señal y maniobran con una precision que no produce nunca adelanto ni retardo. A vista de tal espectáculo, yo pienso que á vosotros y á mí no os será difícil convenir en que un buque de guerra es una maravilla: tal era *el Oceano*. Guiados por el capitán H., visitamos con admiracion todas las partes del soberbio navío. Mientras que estábamos á bordo, el almirante bajó á su bote. Su ausencia nos permitió la entrada en su habitacion, y encontramos que nada cedía en elegancia á las más esmeradas de nuestras grandes ciudades.

El Oceano llevaba 1080 hombres de tripulacion. Es mucho, y por eso me afijí vivamente de no haber visto uno más; sí, faltaba allí un hombre; ¡ay! faltaba tambien en todos nuestros buques; ese hombre á quien encontrais en los navíos de todos los pueblos del mundo; ese hombre cuya falta deploran las familias; ese hombre á quien los marineros mismos reclaman á grandes gritos; ese hombre que el gobierno tendria tanto interes como facilidad en volver á colocarlo sobre nuestros navíos, ¡es un capellan! . . . Mi corazón se oprimió, sobre todo, á vista de aquellos jóvenes grumetes de ocho á nueve años, separados de su familia y arrojados en medio de los peligros del mar, sin socorro religioso, ni para la vida ni en la muerte. ¡Pobres niños! ¡Pobres madres! ¡Pobre sociedad!

Penetrados de un doble sentimiento de pena y de admiracion, bajamos del navío real á nuestra humilde navecilla. El viejo genoves tuvo el cuidado de hacernos pasar

al frente de los dos buques que los ojos no pueden ver sin que el espíritu se llene al punto de graves pensamientos. El primero que vimos lleva en la proa el nombre y la inscripcion siguiente:

EL MURION.

Esta fragata, tomada á Venecia en 1797, es la que trajo á Bonaparte de Egipto en 1799.

El segundo, mucho más pequeño, es la goleta *La Estrella*, que trasportó á Napoleón de la isla de Elba á Terjus en 1815. Para representar las principales vicisitudes de esa grande existencia, solo faltaba el *Northumberland*, en que se hizo el viaje de Santa Elena. Como á las tres de la tarde estábamos á la entrada del arsenal, gloriosa fundacion de Luis XIV: allí está el presidio. Segun costumbre, nos dieron un jendarme para que nos sirviese de cicerone. El presidio se compone de largos corredores con paredes de piedra y ventanas provistas de fuertes barras de fierro, que dan por una parte al vasto patio del arsenal, y por la otra al mar. En toda su longitud reinan á tres piés de altura sobre el suelo dos pisos oblicuos, terminados en la parte inferior por una barra de fierro, que se extiende de uno á otro extremo: aquella sirve de lecho á los condenados. Separados en porciones durante el día, los presos están sujetos á los más penosos trabajos: aserrar madera, cortar piedra, arbolar los navíos, trasportar fardos, etc. A la menor falta llueven sobre sus espaldas varazos y cintarazos. Si la falta es más grave, se les encierra en calabozos; si se muestran rebeldes, se les pone doble cadena, en prisiones oscuras, en donde tienen por cama la loza húmeda. Allí estaba cuando pasamos el famoso *Tragine*, aquel temible bandido que segun se nos dijo no suspiraba por su libertad sino por asesinar al valiente majistrado que se habia apo-